

esta barca es la imagen más exacta
de nuestros tristes días inconstantes
que flotan en las sombras de la noche
sobre el eterno abismo de los tiempos,
el remolino lleva la barquilla.

La vida á cada instante
hacia la eternidad se va alejando,
y el cuerpo permanece en esta tierra
donde lo deja el alma como un frívolo,
inútil y vil fardo. De este modo
muere la rosa de colores regios,
y sus hojas, que el llanto de la aurora
con puras perlas baña inútilmente,
caen una tras otra, y su perfume
se evapora y se pierde.

Octubre, 1825.

ODA VIGÉSIMA PRIMERA

A RAMÓN

DUQUE DE BENAVENTE

Por la boca de su herida.

GUILLÉN DE CASTRO.

¡Ay! Yo la he comprendido, tu sonrisa,
que se parece á la del condenado
cuando suena á su oído
la palabra que debe proscribirle.
Y tu mano convulsa

al apretar, yo comprendí tu pena
ensimismada, y tu mirada opaca
que, profunda, la luz de entre las nubes
parecía, que brilla
sobre ignorados mares,
pero no puede iluminar su fondo.

«¿Para qué servirá que me lamente?,
—me has dicho,—no he gemido;
jamás baño la mano que me tienden
un hermano ó un amigo con mi llanto.
No lo tengo. Por siempre arrebatada
la alegría de mi vida, cuando menos
me ahorren la compasión. Pago bastante
mi infortunio, porque ni una voz sola
me lo reclame á medias, importuna.

»Por otra parte, ¿vale tantas lágrimas?
¿Esto es lo que se llama desventura?
¡Sí! Lo que para el hombre tiene encantos,
para mí tiene sólo enojo y penas.
De mi pasado nada sobresale
entre quimeras de mis años jóvenes
que desmiente la suerte diariamente;
el amor para mí extingue su llama,
jamás mujer alguna
dirá mi nombre con acento dulce.

»¡Nunca tendré yo hijos, nunca esposa!
Jamás un corazón cerca del mío
latió; jamás celosos unos labios
me preguntaron: ¿Y de dónde vienes?
¡Ni una esperanza tengo ya! Funesto
y obscuro el porvenir, me ofrece sólo
días aciagos; en este horizonte
de tinieblas pasaron veinte fúnebres

espectros, pero nunca
pasó la sombra con que yo soñaba.

»Nunca incliné por nada mi cabeza;
mas, de la suerte la enemiga mano,
volvióse á descargar aún más pesada
sobre mi frente reafirmada siempre.
A la gloria, á la edad que fugaz huye
de nuestra juventud, al placer frívolo
dí el adiós de Cátón con entereza.
Toda flor para mí ya está marchita;
pero si del destino esta es la orden,
si sufro, ¿quién lo sabe?

»De fatal ley esclavos,
sepámonos callar el mal sufrido.

¿Por qué que enseñe quieres
tú de mis hierros las desolladuras?
A los ojos que espanta la miseria,
¿qué les importa mi secreta llaga?

Vivir solo yo debo;
pasad, que vuestra voz es un ruido
sonoro y nada más. Marchaos todos;
prefiero todavía
sufrir, á ver que quieren consolarme.

»No manda en mí la vida ya. ¿Qué importa
que así me compadezcan ó me envidien,
que á veces en mis ojos haya un fuego
sombrió ó alegre? Cuando está vacía
la copa, ¿qué le hace que sus bordes
dejen aún sobre los labios ávidos
un amargo sabor? ¿Domina la ola
el barco que, perdido bajo el agua
que muge, saca un mástil
por encima las olas?

»Mi solitario luto
¿qué importa? Para otros brillan días
mejores. ¿Qué es el ruido de la tierra?
Un concierto de risas y de llantos.

Yo, como todo hijo
de Eva, quiero llevar solo mi carga
hasta la noche, sin que mano alguna
la sostenga; á la gente
que pasa y cae, ¿qué le importa donde
esté la tumba á cuyo umbral un día
se irá á sentar mi sombra?»

Así, cuando suspiras por lo bajo,
rebotan de tu pecho los sollozos
cual sonido que escapa de las liras,
como un murmullo sordo de las olas.

Tu gloria es tu infortunio;
frentes que la victoria señalara,
jamás la suerte coronó con flores;
el gozo de tu seno está proscrito;
mas, bien sabes que el genio
preludia sus canciones con su llanto.

Como reja de hierro, con su filo
hurga desde la aurora y abre el suelo
y á los últimos rayos del crepúsculo
lo surca todavía;
á cada hora que pasa, encarnizado
á obsesionarte vuelve infatigable
el infortunio; mas si la desgracia
con su espada de fuego
el alma te desgarró, amigo mío,
es para fecundarla.

Noviembre, 1825.

ODA VIGÉSIMA SEGUNDA

A LA SEÑORITA J.-D. DE M.

EL RETRATO DE UNA NIÑA

Cuando veo tantos colores y tantas flores que esmaltan una ribera, creo ver el hermoso tinte que tan encarnado está pintado en su cara. Cuando en las praderas diápreadas huelo las flores de que está llena la tierra, entonces hago creer á mis sentidos que aspiro la dulzura de su aliento.

RONSARD.

I

Esta sonrisa, esta frente,
estas mejillas rosadas,
denotan bien claramente
del niño que juega y llora
las facciones afinadas;
y yo, en mezcla arrobadora,
en su cara siempre inquieta
encuentro en mi afán prolijo
un ángel como poeta
y como padre á mi hijo.

*

Se adivina en su mirada
de una pura llama llena,
que á la gloria abandonada
ha dado un adiós sin pena;
así en su vista, radiante
de una efímera alegría,
se ve el recuerdo constante
del cielo que dejó un día;
y parece en su mirada,
rebotante de cariño,
ver en su madre adorada
á la madre del Dios-Niño.

*

Se diría que oye un coro
de celestiales acentos
entre las nubes de oro,
y los dulces llamamientos
de las vírgenes sagradas
en las alas de la brisa,
y á sus alegres miradas,
á su cándida sonrisa,
se le diría al momento
sorprendiéndole en su anhelo:
—¡Ángel! ¿Cuál fué tu tormento?
¿Cuál es tu nombre en el cielo?

II

Artista cuyo pincel
hizo retrato tan fiel,

tú lo pintas, yo lo canto;
tus trabajos vivirán
y tu recuerdo orlarán
de envidia y respeto santo.

*

¡Qué extraña fuerza viril
se une á tu gracia de artista!
¡Qué penetrante y sutil
se ha demostrado tu vista!

*

¡Artista! Son tus colores
una armonía viviente.
De tu infancia en los albores
sin duda el genio potente
puso una llama en tu frente.

*

Un hada, sin duda alguna,
acercándose á tu cuna
te tomó á su protección,
y de los siete colores
que al iris dan sus fulgores
te hizo á ti sin igual don.

*

De las rosas de la aurora
sonriente y matinal,
de la luz abrasadora
de la aurora boreal,
hizo la ideal paleta

á ningún color infiel,
la que la fuerza completa
de tu mágico pincel.

Noviembre, 1825.

ODA VIGÉSIMA TERCERA

A LA SRA. CONDESA A. H.

La otra vez, en un bosque, cuando apenas mi mano preludiaba en mi lira, descendió al pasar, blanca sobre el laúd de ébano, una paloma. Pero en vez de acordes conmovedores, de dulces cantos, la paloma gimiendo me pide por compasión á su mitad, su mitad ausente lejos de ella.

SAINTE-BEUVE.

*

Cualquier sueño que sea
que apacible ó alegre en esta hora
y en la sombra tus ojos ilumine,
marca la dicha que el mortal desea...
¡Ay! Lejos de un esposo que te adora,
que es para ti un amante todavía,
que para ti decline
la noche lentamente

con un sueño tranquilo, hermana mía.
 ¡Pasa allí dulcemente
 tu última noche virginal sonriente!

*

¡Duerme! Nosotros dos por ti rogamos
 hasta que llegue esta mañana hermosa
 que radiante de luz te deseamos;
 estar tú con nosotros deberías,
 tu estrella demandábalo imperiosa
 y sustraerte á ella no podías...
 Si la voz del altar te hace mi hermana,
 no es más que el eco de una voz humana
 que en mi pecho sonaba de antemano
 y me hacía tu hermano.

*

¡Oh! ¡Descansa esta noche todavía
 con dulce y puro sueño!
 Mañana mil transportes, juramentos,
 festines de alegría
 en los brazos ardientes de tu dueño...
 Jubilosos acentos
 y suspiros que escapan dulcemente
 de tu alma dichosa,
 cuando una mano aparte de tu frente
 la corona de mirtos temblorosa,

*

¡Ah! Que desde mañana
 ilumine la dicha tu existencia
 sin que jamás amengüe su potencia...,
 que brille aún más ufana

que tu sueño dorado...,
 que hasta el cielo estrellado
 nuestros votos subir todos veamos...
 Descansa en paz en tu sonriente encanto,
 pues aquí cuidadosos te velamos
 yo que tu dicha canto
 y él que te quiere tanto.

Diciembre, 1827.

ODA VIGÉSIMA CUARTA

LLUVIA DE ESTÍO

El ogiacanto y el agavanzo y el
 tomillo, el clavel, el lirio y las ro-
 sas, en esta hermosa estación mues-
 tran á montones las rosas abiertas.
 El gentil ruiseñorcillo, dulcecito,
 suelta en la sombra mil gorgeos
 parleros, bulliciosos, á los dulces
 sonos de su enramada.

REMI BELLEAU.

¡Qué fresca y dulce es la noche!
 ¡Oh! ¡Ven! Llovió esta mañana
 y los tapices de musgo
 verdean bajo tus plantas;
 el pájaro vuela inquieto
 bajo la espesa enramada
 y bendecido del cielo

va sacudiendo sus alas;
oye susurrar el viento
y á su dulce aliento canta,
y, cual perlas, en su nido
ve lucir las gotas de agua.

Las nubes han derramado
las aguas á cataratas,
recobra su azul cambiante
la bóveda despejada
y lucen á sus fulgores
las praderas fecundadas,
cual si estuvieran debajo
de un enrejado de plata;
el arroyo, rebosante
durante una hora, arrastra
briznas de paja y de hierba
hojas y flores y ramas,
y corre precipitando
sus enrojecidas aguas
de lo alto de un guijarro
al que ha inundado en su marcha,
y al caer á las hormigas
hace diminutos Niágaras.

Juntándose en el diluvio
de remolinadas aguas,
bogan insectos sin remos
sobre las débiles alas
de brillantes moscardones
que hacen las veces de barca;
otros penden de las hojas
por el chubasco arrancadas,
y como en flotantes islas
la corriente los arrastra.
¡Ay! ¡Dichosos si en su curso,

si inclinándose una paja,
en el borde del abismo
su ciudad flotante para!

La corriente las arenas
ha lavado esta mañana,
suben al sol los vapores
como columnas de gasa,
y el horizonte intangible,
bajo sus pliegos que engañan,
tiemblan como flor abierta
y en el aire se dilata.
Tan sólo bajo sus velos
como estrellas difumadas
se ven puntos luminosos
que en la alta bóveda irradian
y brillar de entre la bruma
que huye de las montañas
chorreantes por la lluvia
las techumbres de pizarra.

¡Oh! ¡Ven á vagar conmigo
por la pradera rociada!...
Ahora estaremos solos;
en mí tu brazo descansa..
¡Ven! Tomaremos la senda
que los tilos verdes marcan.
El sol ardiente declina
y al transponer la montaña
vuelve un momento los ojos
para mirar las cabañas
y palacios reluciendo
á la misma luz que lanza,
y sobre el obscuro cielo
la ciudad de oro inflamada.

¡Oh! ¡Mira las humaredas
como giran y se alzan
sobre las negras techumbres
por la bruma rodeadas!
Allí hay esposas queridas,
allí se resigna el alma,
como el sol tras de la lluvia
es la vida que nos cansa.
¡Oh! ¡Mira como se aleja!
¡Mira como siempre baja!
En la ciudad adormecida
brillan todas las ventanas
como si fueran los ojos
de las torres elevadas.

¡Oh! Contempla el arco-iris
con pureza inmaculada
tender un arco en el aire
señalando la bonanza.
¡Qué tesoro Dios nos muestra
tras la tormenta pasada!
¡Cuántas veces, firmamento,
mi alma pidió sus alas
á un Ithuriel implorando
para mitigar el ansia
de conocer á qué mundo
lleva esta vía encurvada,
inmenso arco de un puente
que hacia los cielos se lanza!

Junio, 1828.

ODA VIGÉSIMA QUINTA

SUEÑOS

En la amena soledad
de aquesta apacible estancia,
bellísimo laberinto
de árboles, flores y plantas,
podéis dejarme, dejando
conmigo, que ellos me bastan,
por compañía, los libros
que os mandé sacar de casa;
que yo, en tanto que Antioquía
celebra con fiestas tantas
la fábrica de ese templo,
que hoy á Júpiter consagra,
.....
huyendo del gran bullicio
que hay en sus calles y plazas,
pasar estudiando quiero
la edad que al día le falta.

CALDERÓN.—*El Mágico prodigioso.*

I

Lejos de la ciudad, amigos míos,
lejos de los palacios del monarca,
lejos de los serviles cortesanos
y lejos de la turba envilecida,
venid, amigos míos, á encontrarme.

En los campos do el alma pensativa
en dulces fantasías se recoge,
en una obscura y plácida ribera

donde no llegan de este triste mundo
los acentos ruidosos y estridentes,

buscadme la morada más salvaje,
algún antiguo abrigo de otros tiempos,
algún puerto en la costa solitaria,
algún nido al abrigo de las ramas,
algún casar en medio de los bosques.

Buscádmelo sombrío, amigos míos,
muy durmiente, tranquilo y apacible,
cubierto de mil árboles sin nombre,
profundamente oculto y retirado
en la sombra y silencio más profundos.

Porque allí, sobre cuanto me rodea,
á los míos cual siempre fiel amigo,
mis versos se colocan y se ciernen
tanto sobre la rosa ayer capullo,
como encima del monte gigantesco.

Que puedan mis cantares con audacia
y de todas las trabas desatándose
con sus alas potentes y veloces
extrañarse en el eterno espacio
como un ave que libre alza su vuelo.

II

Que un sueño dulce y tranquilo
me eleve hasta el mismo cielo.
Que lleno de amor y sombra
jamás descorra sus velos,
y que sueñe por la noche
lo que despierto apetezco.

Tan blanco como la vela
que en el horizonte veo,
que me encubra las estrellas
y que sea como un velo
entre mi vida tranquila
y yo que así la deseo.

Que la musa que descende
para iluminar mi sueño,
lo brillante y lo prolongue
hasta saciar mis deseos,
y que tema despertarme
de mi sueño eterno y bello.

Que en sus alas se desplieguen
mis ocultos pensamientos,
y que vengan á sentarse
al rededor de mi fuego
dándose mutuos abrazos
y cambiando sus acentos.

Que, con el ojo triunfante,
aferrándose á mi sueño,
inclinándose lo mezcen
con rítmico movimiento,
cual las hermanas mayores
al hermanito pequeño.

III

Se cree en las riberas escarpadas
y se cree en las selvas
al respirar el aire libremente,
ver el cielo de cerca.

Allí todo es un sueño, todo habla,
todo tiene palabras,
la onda canta besando la ribera
y la brisa en las ramas.

Es una voz universal, profunda,
es del globo el acento,
es el vaivén del mundo que se duerme
en los mares del cielo.

Es el eco magnífico y seráfico
en que el Señor se mece,
es el himno pacífico del mundo
á do va lo que muere.

Allí, sorda á la voz de las mujeres,
á los gritos y lágrimas,
nuestra alma se mezcla con las otras
como entre sí las olas y las llamas.

IV

Este vasto ruido á todas horas
se escucha en el desierto pavoroso.
París, loca morada,
para esta voz que gime
nos da un vano concierto.

¡Oh, la Bretaña antigua!
Alguna enhiesta roca espumeante
y en el céltico bosque
alguna torre vieja
que cae lentamente.

Con tal que el torreón hospitalario

en donde colgaré mi humilde nido
tenga, como un antiguo caballero,
un penacho de hiedra
que oculte entre sus hojas
su granítica frente.

Con tal que blasonada
con un altivo escudo
la marmórea y gigante chimenea
devore entre sus fauces
el tronco entero de una gran encina
brillando cual la puerta de un infierno.

Que en el estío el seto de ajaranzos
oculte el cielo puro.
Que en el invierno toda mi familia,
sentada ante la ardiente chimenea,
resplandezca á las llamas de un gran fuego.

En mis feudos, los bosques,
si susurra la brisa por la tarde
que al agitar sus cúpulas inmensas
asemeje cabezas de fantasmas
luchando á cabezadas en la sombra.

Que en mis noches de insomnio,
sonrosadas, las vírgenes se acerquen
á sacudir delante de mis ojos
sus transparentes velos
de mil pliegues sedosos ondulantes.

Que con sus tristes voces plañideras
las sombras de los héroes,
pasando fugitivas,
me dejen ver su blanca vestidura
por entre las ojivas de la torre,

y que agiten sus dedos descarnados
 las rotas vidrieras
 de emplomados cristales.

V

Si mi musa que voló
 al antiguo pavimento
 que en otros días pisara
 un viejo barón de hierro
 lleva su alada familia
 y su nido aventurero,
 es sólo porque me gustan
 aquellos antiguos tiempos
 más bellos si no mejores
 que estos sabios siglos nuestros,
 y á sus despojos salvajes
 gozosamente me agrego.
 Como yo, la golondrina,
 alzando su raudo vuelo,
 sobre la torre elevada
 combatida por los vientos,
 hizo á menudo su nido
 donde en ya pasados tiempos
 en su soledad salvaje
 el buitre puso sus huevos,
 y aleteando á menudo
 en el nido sus pequeños
 mueven y empujan chillando
 aquel huevo enorme y negro
 que abandonado descansa
 suspendido así en los cielos.
 Así, con armas antiguas
 jugarán mis pobres versos
 y removiendo las lanzas

se reirán á su estruendo
 como enanillos fantásticos
 que se cubren en sus juegos
 sus cabezas diminutas
 con los cascos gigantescos.

VI

Así tranquilo, con dulzura igual,
 del homenaje en el torreón feudal
 donde mi vida voy á guarecer,
 cual verdean las hierbas en abril
 hasta escalar la campesina cruz,
 mis días yo veré reverdecer...
 Pero, choza modesta ó torreón,
 apartado del mundo triste y vil,
 viviré solamente de la luz
 y mis días postreros llenaré
 de éxtasis sin igual y de oración
 y olvidando, olvidado moriré.

Junio, 1828.

FIN DE LAS ODAS